

el art. 727 no se explica tampoco en nuestra opinión, al menos cuando el heredero es de buena fe. Nosotros contestamos que jamás es de buena fe. ¿Cuándo puede decirse que el heredero posee de buena fe la herencia? Cuando se cree heredero, y no puede creerse heredero sino cuando se siente digno de suceder. Ahora bien, él es indigno de derecho y de hecho desde que se abre la herencia, porque desde ese momento lo excluye la ley; de hecho, porque la causa de la indignidad, que es la falta de afecto, el odio ó la indiferencia existen desde entonces. Se dirá que esto es una sutileza en el caso que nosotros hemos supuesto: el heredero no denuncia el asesinato del difunto, porque lo ignora durante cinco años, y ¿acaso la ignorancia no excluye la mala fe? Nó, en el caso de que se trata. Porque el sucesible es realmente culpable desde que se abre la sucesión: la indiferencia no nace el día en que se sabe la muerte del difunto, sino que preexistía, y por lo tanto, también la causa de indignidad.

24. Las relaciones del indigno con los herederos convocados á falta suya son muy sencillas; en nuestra opinión, son las de un poseedor de la herencia sin título y sin buena fe. El debe restituir los bienes á los que á ellos tienen derecho, sea en virtud de la ley, sea en virtud de una donación ó de un testamento; *excluido* de la sucesión, nada puede retener de ella; acerca de este punto, no puede haber desacuerdo (1). En cuanto á los frutos y rentas que el indigno ha percibido desde la apertura de la herencia, debe restituirlos en virtud del art. 727. La aplicación da lugar á una dificultad acerca de la cual hay controversia. Si el indigno percibe capitales que no emplea ¿estará obligado por los réditos que no ha percibido? Si se admite la opinión que hemos enseñado sobre la indignidad, no hay duda alguna. El indigno es poseedor de mala fe, y está

1 Ducaurroy, Bonnier y Roustain, t. 2º, p. 298, núm. 432.

obligado á reparar el daño que de ella resulta. El código asienta este principio en materia de contrato y de cuasi-contrato (arts. 1151 y 1378); ésta es una máxima de derecho natural. Por lo tanto, no puede decirse que no habiendo el poseedor percibido los réditos, no debe restituirlos; debe decirse que, por su mala fe, ha impedido que el verdadero heredero emplee los capitales y que esté obligado á reparar ese daño.

En la opinión contraria, están divididos los pareceres. Hay autores que admiten nuestra solución á causa de la mala fe del indigno (1). Aquí vuelven á presentarse las objeciones que acabamos de presentar (núm. 23); el heredero que no denuncia el homicidio del difunto porque lo ignora, ciertamente que no es de mala fe, en el sentido ordinario de esta expresión: no obstante esto ¿deberá los réditos? ¿en virtud de qué principio? Otros autores aplican el art. 1153, por cuyos términos los réditos no son debidos aun desde el día de la demanda (2). Esta disposición no es aplicable al caso en cuestión; ella supone que el acreedor ha podido estipular el rédito, es decir, que se trata de obligaciones convencionales. Cuando hay daño causado por mala fe, hay un delito civil, y por consiguiente, debe aplicarse el art. 1832; el deudor está obligado por todo el daño que ocasione su mala fe.

25. Si el indigno posee, administra. El es responsable de su gestión, como todo retenedor de cosa ajena; la responsabilidad que le incumbe es más severa, supuesto que él es de mala fe. Así, pues, cuando emprende trabajos, se le debe tratar como á poseedor de mala fe; si degrada los bienes, no puede decir que, creyéndose propietario, tenía el derecho de abusar, porque nunca debió creerse propie-

1 Veanse los autores citados por Dalloz, "Sucesión," núm. 153; Aubry y Rau, t. 4º, p. 173, nota 4.

2 Demante, t. 3º, p. 49, núm. 38 *bis*, II. Demolombe, t. 13, p. 404, núm. 307 y los autores que cita.



tario, supuesto que es indigno desde la apertura de la herencia. Hay acuerdo sobre todos estos puntos en todas las opiniones (1).

Los herederos llamados á suceder, á falta del indigno, están ligados por los actos que éste llevó á cabo como administrador? ¿Deben respetar los arrendamientos que él celebró? En nuestra opinión, es clara la negativa. El indigno no tiene derecho ninguno, luego carece de facultad para ejecutar un acto cualquiera de administración. Volveremos á tratar la cuestión en el título del *Arrendamiento*.

Si el indigno enajena, ¿qué es lo que debe restituir, el precio ó el valor? El precio en todo caso, aun cuando sea superior al valor real de la cosa, porque él no puede obtener ninguna ventaja de la herencia. Si el precio es inferior al valor, el indigno debe el valor, porque priva al heredero verdadero de aquél, por su mala fe (art. 1380 por analogía).

Si el indigno compra bienes con los caudales hereditarios ¿debe devolver los bienes ó los caudales? El debe devolver lo que como heredero ha recibido, es decir, los caudales; en cuanto á los bienes que ha comprado en su nombre, han llegado á ser su propiedad. Para que estos bienes fuesen subrogados á los caudales, sería necesario un texto, porque no hay subrogación legal sin ley (2).

26. ¿Cuál es el efecto de la indignidad en los derechos personales ó reales que el heredero poseía? ¿Se han extinguido por confusión y reviven cuando el heredero es excluido de la sucesión como indigno? En nuestra opinión, debe decirse que los derechos jamás se han extinguido por confusión, supuesto que el indigno jamás ha sido heredero; luego continuará ejercitándolos. En la opinión contra-

1 Demolombe, t. 13, p. 1101, núm. 304.

2 Lyon, 12 de Enero de 1864 (Daloz, 1864, 2, 66).

ria, siendo lógicos, habría que decidir que habiendo sido heredero el indigno, ha habido extinción por confusión. Nace entonces la cuestión de saber si los derechos extinguidos reviven. Los romanos decían que los derechos no revivían. No se admitía esta consecuencia en la antigua jurisprudencia francesa, los autores modernos la rechazan igualmente (1). Esta es una nueva inconsecuencia. Si como dicen, la indignidad es una pena en que no se incurre sino por el fallo pronunciado á demanda de las partes interesadas, debe decidirse, como lo hacían los jurisconsultos romanos, que se ha verificado la confusión y que el juez no la resuelve, supuesto que sólo tiene efecto en el porvenir. Y si se admite con la jurisprudencia que la indignidad es semejante, en cuanto á sus efectos, á la incapacidad, resulta que al indigno se le tiene por no haber sucedido jamás, y por consiguiente, no ha habido confusión.

#### Núm. 4. Efecto de la indignidad respecto á terceros.

27. El indigno enajena objetos hereditarios y después es excluido de la sucesión ¿son válidos esos actos? Esta es la cuestión más importante en la difícil materia de la indignidad, y también aquella en que hay menos acuerdo. Hay, sin embargo, una opinión que tiende á predominar. Si los terceros que tratan con el indigno son de buena fe, se mantienen los actos de disposición que el indigno ha celebrado.

Esta opinión, lógica en cierto sentido, es inconsecuente y contradictoria bajo otros respectos. Si es la verdad, como generalmente se enseña, que el indigno ha sido heredero hasta el fallo que lo excluye de la sucesión, se le ha dado posesión; luego es propietario, y por consiguiente, te-

1 Véanse las autoridades citadas por Demolombe, t. 13, pág. 400, núm. 602 "bis."



nía derecho á disponer de los objetos de la herencia. Ahora bien, los actos ejecutados legítimamente, deben ser mantenidos, aun cuando los derechos del que los llevó á cabo, lleguen á cesar (1). Pero no se debe ser lógico á medias. Si el indigno tiene derecho á enagenar, la enagenación debe ser válida en todos los casos, sin distinguir si el comprador es de buena ó de mala fe. ¿Acaso la mala fe de los terceros puede arrebatar al heredero un derecho que debe á la ocupación de la herencia? Ciertamente que nó, como tampoco la buena fe de los terceros podría dar al heredero el derecho de disponer, si no lo tuviera como heredero efectivo. Otra inconsecuencia. El indigno ha tomado posesión; pero ¿no deciden los autores y las sentencias que el fallo que lo excluye de la sucesión opera la resolución de un derecho, en el sentido de que al indigno se le tiene por no haber sido nunca heredero? ¿Si un derecho está resuelto, no debe aplicarse el principio de que el derecho del que concede estando resuelto, lo están igualmente los derechos por él concedidos á terceros? Sin duda que el legislador podría considerar al indigno como propietario respecto á terceros, y considerarlo prescripto respecto á los otros herederos; pero ¿el legislador ha hecho semejante distinción? Nó; luego el interprete no puede hacerla (núm. 22). Por último; la opinión que estamos combatiendo, está en oposición con los principios que rigen la transmisión de los bienes por vía de sucesión. El heredero ocupa la herencia desde el instante de la apertura; ahora bien, cuando el indigno es excluido ¿quién es heredero? El pariente llamado por la ley á falta de aquél. Este es el ver-

1 Durantón, t. 6º, p. 143, núm. 126; Aubry y Rau, t. 4º, p. 175 y notas 8 y 9. Compárese Demolombe, t. 13, p. 409, núm. 311. Una sentencia de la corte de Poitiers, de Junio 25 de 1856 (Dalloz, 1856, 2, 195) mantiene las enagenaciones consentidas por el heredero indigno, por motivo de que la venta estaba exenta de fraude y el adquirente era de buena fe.

dadero heredero que tiene la ocupación y el único que puede disponer; y ¿se concibe que el heredero en posesión y el indigno desposeído tengan uno y otro el derecho de disponer de los objetos hereditarios? Esto es imposible, porque dos personas no pueden ser propietarias por el total de una sola y misma cosa.

Hay autores todavía más inconsecuentes, y entre ellos Chabot: establecen una distinción entre los actos á título oneroso y los actos á título gratuito, manteniendo los primeros, anulando los segundos, distinción contraria á todo principio (1). ¿Se da posesión al indigno? ¿es heredero? Entonces puede disponer á título gratuito como á título oneroso. ¿No es heredero? ¿no ha ocupado? Entonces no puede disponer por ningún título, ni oneroso ni gratuito. Si señalamos estas inconsecuencias no es por el prurito de censurar, sino para hacer patente la importancia de los principios. Ya lo hemos dicho, recto y clarísimo es el criterio de Chabot, y sin embargo, se equivoca á cada paso, porque carece de principios. Esto va dirigido á nuestros jóvenes lectores.

28. Demolombe, á la vez que enseña con la generalidad de los autores que la indignidad no existe sino en virtud del fallo que excluye al indigno de la sucesión, admite que los actos ejecutados por el indigno antes del fallo pueden ser anulados, pero que no deben serlo indistintamente. En principio, él se pronuncia por la resolución que pone las cosas en el mismo estado que si el indigno no hubiere sido heredero (2). Esta es nuestra opinión, pero ¿cómo conciliar esta doctrina con la ocupación del indigno, y con la conciencia que de ella hacen derivar, de que la indignidad no existe sino en virtud del fallo que la declara-

1 Chabot, t. 1º, p. 82, art. 727, núm. 23. En sentido contrario, Durantón, t. 4º pág. 145, núm. 127.

2 Demolombe, t. 12, ps. 409 y siguientes, núms. 311-313.



ra? ¿En dónde está la ley que somete el derecho del indigno á una condición resolutoria? Y suponiendo que su derecho esté afectado de esta condición, preciso es ser lógico y aplicar la regla escrita en el artículo 1183, es decir, resolver todos los actos llevados á cabo por el indigno. Demolombe mantiene unos y anula otros. ¿En virtud de qué principio mantiene los actos "necesarios," tales como los arrendamientos, los pagos, los juicios, mientras que anula los actos voluntarios? Porque es razonable creer que la ley ha querido conferir al indigno un poder de administración, en el sentido más amplio de la palabra. ¡Cómo! el legislador da un poder ilimitado de administrar al que *excluye* la sucesión. Esta *exclusión* despoja, en realidad, al indigno; le arrebatada en consecuencia la propiedad y la posesión para investir con ellas al heredero llamado á falta del indigno; éste es el que en su calidad de propietario y de poseedor, tiene el poder de administrar la herencia, y él solo tiene dicho poder. Para que el indigno fuese el mandatario del heredero verdadero, se necesitaría una disposición formal que le diese tal calidad. ¿En ausencia de un texto, se concibe que aquél sea mandatario del heredero que quiere despojarlo? Admitamos por un momento la teoría del mandato; hay que ser consecuente, y aplicarla á todos los actos de administración. ¿En qué, pues, está basada la distinción entre los actos voluntarios y los necesarios? En seguida viene aún una subdistinción: se necesita que los terceros no hayan cometido ninguna falta. Que el legislador distinga así y subdistinga, según los diversos elementos del acto, lo concebimos. ¡Pero, el intérprete! Este está ligado por la ley y por los principios. Si realmente el indigno es administrador, tiene derecho á ejecutar todos los actos de administración, voluntarios ó necesarios, y tiene el derecho de ejecutarlos, sean los terceros de buena ó mala fe. Por mejor decir, ya no puede tratarse

de mala fe cuando el indigno está investido de un mandato legal.

29. En nuestra opinión, todos los actos del indigno no son resueltos pero sí nulos, como ejecutados sin derecho por un heredero á quien la ley excluye de la sucesión en el momento mismo en que ésta se abre. Este principio es funda en el rigor del derecho. El indigno no es un heredero aparente, sino *excluido*, despojado de su título, sin calidad ninguna para mezclarse en la administración de la herencia. Este rigor se funda también en la razón. El indigno, si fuera administrador, podría hacer daños á los herederos sin que éstos tuvieran ninguna garantía contra su mala gestión. En cuanto al interés de los terceros, queda amparado en los dos primeros casos de indignidad previstos por el art. 727, supuesto que hay fallos de condena pronunciados en tales circunstancias, que los terceros han debido conocerlos. Queda el tercer caso; en este punto el legislador habría debido hacer distinciones por interés de los terceros, pero como no distingue, quedamos bajo el imperio del texto absoluto que *excluye* al indigno de la sucesión.

*Núm. 5. Efectos de la indignidad respecto á los hijos.*

30. El art. 130 dice "que los hijos del indigno llegados á la sucesión por sí mismos y sin auxilio de la representación, no son excluidos por la culpa de su padre." Esta singular redacción implica que en otro tiempo los hijos eran excluidos por la culpa del padre. Tal era, en efecto, la doctrina enseñada en el antiguo derecho, no sin protestas; el presidente Boullier la rechazaba con energía, como contraria á la razón y á la equidad. El código ha atendido á esta viva reclamación. Admite á los hijos á suceder cuando son llamados por sí mismos: la personalidad de las fal-



tas es un principio tan sencillo y de tal evidencia, que no se comprende que el legislador lo haya desconocido alguna vez. Sin embargo, por una inconsecuencia injustificable los autores no reparan sino en parte la injusticia de la antigua jurisprudencia; admiten á suceder á los hijos por sí mismos, y no los admiten á suceder por representación. Cuando vienen por sí mismos, ejercen un derecho que les es propio, excluirlos sería castigar á inocentes. Un hijo único, parricida, muere antes que su padre; sus hijos sucederán á su abuelo, porque son llamados por la ley, son capaces y dignos. Pero no son admitidos á suceder por representación porque, en este caso, ejercen los derechos que su padre habría tenido si hubiese sobrevivido, y su padre no tenía derecho. El texto es formal, y sin embargo, la cuestión se debate con vivacidad; volveremos á tratarla al ocuparnos de la representación.

31. Los hijos pueden suceder de por sí viviendo su padre. Nace entonces la cuestión de saber si el indigno, excluido de la sucesión, podrá reclamar sobre los bienes de la herencia el usufructo que la ley concede á los padres sobre los bienes de sus hijos. El art. 730 se decide contra el indigno; la ley no quiere que él se aproveche indirectamente y como usufructuario de una sucesión que dicha ley le quita por su indignidad: indigno para ser propietario, es por eso mismo indigno de ser usufructuario.

No hay que llevar, sin embargo, demasiado lejos el rigor de la ley; si los hijos que han recogido la herencia de su abuelo, muriesen antes que su padre, éste sería llamado á sucederles; luego tomaría de dicha herencia los mismos bienes de que ha sido excluido como indigno. Ningún texto, ningún principio se opone á ello. La indignidad no tiene efecto sino respecto á la sucesión abandonada por aquél á cuyo respecto el heredero es indigno; ahora bien, una vez que los bienes son recogidos por los parientes lla-

mados á falta del indigno, dichos bienes se confunden con su patrimonio, y vuelven á entrar al derecho común. Y aun ha sido necesario un texto formal para arrebatarse al indigno el usufructo de los bienes recogidos por sus hijos. Pero en este punto se detiene el rigor de la ley, y no hay que extralimitarlo (1).

1 Chabot, t. 1<sup>o</sup>, p. 91 (art. 730, núm. 2). Compárese Demolombe, t. 13, ps. 392 y siguientes, núms. 294-296.